

ARTURO CONAN-DOYLE

—Seguramente con sir Jorge Burnwell. Dejémosla, y tengamos lástima de ella, pues por muy grandes que hayan sido sus faltas, mayor será su castigo.

EL CARBUNCLO AZUL

Al día siguiente de Navidad fui á felicitar las pascuas á mi amigo Sherlock Holmes.

Lo hallé envuelto en una bata y tendido perezosamente sobre el sofá de su cuarto. Al alcance de la mano había una pipa y un montón de periódicos que debieron ser muy leídos, á juzgar por lo arrugados que estaban. Un poco más lejos, sobre el respaldo de una silla de paja, había un sombrero mugriento y deformado.

—Siento haber venido á interrumpiros en vuestras meditaciones—dije á Sherlock.—Me parece que estáis hondamente preocupado, ¿verdad?

—No lo sintáis, pues me alegro de tener un amigo con quien hablar del resultado que acabo de obtener.

Y señalando con la mano al sombrero, añadió:

—Se trata de una cosa muy vulgar á primera vista; pero que en el fondo encierra algo muy curioso y hasta instructivo.

Hacía un frío horrible, y á través de los cristales

parece. A pesar de que el animal llevaba atado en la pata izquierda un papel donde decía: «Para la señora de Baker», y que en el forro del sombrero se leen perfectamente las iniciales *E. B.*; ya comprenderéis que no se podía saber quién era el propietario, habiendo, como hay, millares de Baker y centenares de Enriques Baker en Londres.

—¿Entonces qué hizo Peterson?

—Como sabe mi manía de estudiar todo y de preocuparme hasta de las cosas más insignificantes, me trajo el sombrero y el pato. Yo me quedé con aquél y Peterson se llevó el pato para hacerle sufrir la pena á que sin duda le había condenado el desconocido.

—¿No habéis puesto ningún anuncio en los periódicos?

—No.

—Entonces, ¿qué indicios tenéis para?...

—Ninguno—me interrumpió Holmes—más que simples deducciones.

—¿Sin más punto de apoyo que el sombrero?

—Sin más punto de apoyo que el sombrero.

—¡Bah! Tenéis ganas de broma. ¿Qué vais á deducir de esta porquería?

—Ya conocéis mi sistema. Tomad la lupa, examíadlo cuidadosamente y decidme después lo que opináis del dueño de esa prenda.

Yo cogí el sombrero, y después de mirarlo y remirarlo, no saqué nada en limpio. Era un sombrero hongo, de fieltro áspero y muy gastado. El

forro de seda roja se había desteñido y no se podían leer las señas del fabricante, aunque sí las iniciales *E. B.*, según había observado Holmes. La parte de atrás del ala estaba agujereada sin duda para poner un cordón que ya no existía, y todo él cubierto de polvo y de manchas, que se intentaron disimular cubriéndolas con tinta.

—Confieso que no sé ahora más que antes—dije devolviéndoselo á mi amigo.

—Veo que, á pesar de ser observador, no sabéis razonar vuestras observaciones.

—Bueno; decidme que deducís de ese sombrero.

Holmes lo cogió, y examinándole con aquélla su admirable penetración, dijo:

—Tal vez me equivoque, pero yo he hecho una serie de deducciones, la mitad de la cual es de una indudable certeza, y la otra mitad se apoya en serias probabilidades. Seguramente el dueño de este sombrero era un hombre de una inteligencia superior, que en sus últimos años ha descendido notablemente de posición. Fué previsora, pero ya no lo es; lo cual prueba una retrogresión moral que, unida al descenso de su fortuna, parece indicar algún vicio: quizás el de la bebida. Así se comprende que su mujer no le quiera.

—¡Hombre, Holmes!...

—Sin embargo, ha conservado algo de dignidad—continuó Sherlock como si no hubiese oído mi exclamación.—Es un hombre ya de cierta edad, que lleva una vida sedentaria, falta de ejercicio. Usa po-

mada en el pelo, que es de color gris, y que se ha hecho cortar hace poco tiempo. Esto es lo único que he sabido examinando el sombrero. ¡Ah! Se me olvidaba; seguramente no hay gas en la casa que habita nuestro héroe.

—¿Pero os estáis burlando de mí?

—De ningún modo. ¡Cómo! ¿Tan ciego sois que no véis las cosas después de poner, como he puesto, los puntos sobre las fes?

—Confieso mi torpeza; pero no comprendo, por ejemplo, ¿cómo podéis saber la inteligencia de ese hombre?

Por toda contestación Holmes se puso el sombrero, que se le hundió hasta las orejas.

—Muy sencillo. Un hombre que tiene un cráneo tan voluminoso no puede menos de tener excepcionales facultades.

—¿Y el cambio de fortuna?

—Este sombrero tiene tres años, porque sus alas, ligeramente vueltas hacia arriba, eran la última moda en aquella época. Además, como el hombre que se pudo comprar un sombrero de este precio—pues debió costar caro—no lo ha renovado desde entonces, deduzco que su situación es ahora bastante peor que antes.

—Todo eso está muy claro; ¿pero cómo explicáis su previsión y su retrogresión moral?

Sherlock Holmes sonrió.

—Ved—dijo, señalando el agujero hecho en el ala para el cordón;—esto no se hace más que en el

caso de pedirlo el comprador, y el hombre que gasta cordón contra el viento, es un hombre previsor. Sin embargo, debió romperse el cordón y no lo han reemplazado, lo cual demuestra que la previsión empieza á decaer, á pesar de que aún le queda un resto de dignidad, porque ha intentado disimular con tinta las manchas.

—Realmente todo eso parece muy lógico.

—También he dicho que era un hombre de edad madura; que tenía el pelo gris, que se lo había cortado hace poco tiempo y que usa pomada al peinarse. Todo eso podéis observarlo como yo, examinando atentamente la parte inferior de la badana. Mirad con la lupa y veréis algunos cabellos pegados y unidos por una grasa perfumada. Por último, este polvo no es terroso como el de las calles, sino oscuro y espeso como el del interior de las casas, lo cual indica que el sombrero ha estado más veces en el suelo que en la cabeza. En cuanto á estas manchas de sudor, son prueba de que el que lo llevaba no está muy acostumbrado á hacer ejercicio, puesto que transpira con tanta facilidad.

—También habéis dicho que no le quería su mujer.

—¿No habéis visto que hace mucho tiempo que no se cepilla este sombrero? Si vuestra mujer, querido Watson, os dejara salir con el sombrero lleno de polvo y yo os viera llegar de ese modo, me parece que tendría mucha razón para dudar de su cariño.

—¿Y no puede ser un hombre soltero?

—No; puesto que llevaba un pato á su mujer como regalo de pascua. Recordad el papel atado en la pierna izquierda del animal.

—Veo que para todo tenéis respuesta; pero ¿de dónde sacáis que no tenga alumbrado de gas su casa?

—Pues sencillamente, porque el sombrero tiene más de una y de dos y de tres manchas de esperma, y esto quiere decir que nuestro hombre sube la escalera por las noches con la vela en una mano y el sombrero en la otra. ¿Estáis satisfecho?

—Sí. Todo eso es muy ingenioso—contesté riendo;—pero si no se trata de ningún crimen, ni de ningún accidente más que de la pérdida de un pato, me parece que habéis perdido lamentablemente el tiempo con todas esas averiguaciones.

Iba Sherlock Holmes á contestar, cuando se abrió bruscamente la puerta y apareció el comirario Peterson con la cara encendida y los ojos inquietos.

—¡El pato, Sr. Holmes! ¡El pato!—balbuceó.

—¿Qué pasa? ¿Ha resucitado, y se escapó por la ventana de la cocina?

Holmes cambió de sitio, con objeto de observar más cómodamente la cara de Peterson.

—Ved, Sr. Holmes, lo que ha encontrado mi mujer en el buche.

Y alargó una mano, enseñando una piedra azul del tamaño de una habichuela, pero de tal brillo y limpieza, que parecía un punto luminoso. Sherlock Holmes se levantó, y con las manos en los bolsillos, dijo tranquilamente:

—Os felicito. Peterson, porque habéis hecho un precioso hallazgo. ¿Sabéis qué clase de piedra es esa?

—Una piedra preciosa, un diamante; porque corta perfectamente el cristal.

—Querido: esto es más que una piedra preciosa. ¿Es «la piedra preciosa»!

—¿Será tal vez el carbunclo azul de la condesa de Moscar?—exclamé.

—Ese mismo. Lo reconozco por las señas que da el anuncio diario del *Times*. Es una alhaja, única é inapreciable, hasta tal punto, que las mil libras que se ofrecen como recompensa al que la entregue, no representan ni la vigésima parte de su valor.

—¡Mil libras, Dios mío!...

Y el pobre comisario se desplomó sobre una silla girando aturdido sus miradas de Holmes á mí y de mí á Sherlock.

—Sí; ese es el premio ofrecido—dijo mi amigo.—Me parece que hay ligada á esa piedra toda una novela, y que la condesa no dudaría en sacrificar gustosamente la mitad de su fortuna.

—Creo—repuse—que esa joya se perdió en el Hotel Cosmopolitano.

—Justo. El 22 de Diciembre; hace cinco días. Como autor del robo han acusado al fumista John Horner, sobre el cual recaen todas las sospechas. En este periódico se habla algo del asunto.

Cogió un periódico, y repasando en silencio las columnas, se detuvo en el párrafo siguiente:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA CENTRAL
"ALFONSO REYES"
No. 1005 MONTERREY, MEXICO

pensó al principio más que en la fuga, sin cuidarse para nada del pato ni del sombrero; pero luego, pasado el primer momento, debió de pensar con pena en lo perdido. Y, por último, esta precaución mía de poner su nombre, serviría para que, si no él, se enteren sus amigos y se lo digan. Oid, Peterson, váis á ir á una agencia de anuncios y váis á entregar éste para que lo publiquen.

—¿Dónde?

—Pues... en *El Globo*, en *La Estrella*, en *Pall Mall*, en *Saint James Gazette*, en el *Standart* y... en fin, en todos los que se os ocurran.

—¡Muy bien! ¿Y el carbunco?

—Me quedo con ello. ¡Ah! ya se me olvidaba. Cuando vengáis, no se olvide comprar un pato. Nos es necesario para dárselo á ese Sr. Baker en cambio del que estarán guisando en estos momentos en vuestra casa.

Cuando se marchó el comisario, Holmes cogió la piedra y empezó á examinarla poniéndola á con-

—¿Dónde?

—Es un hermoso ejemplar. ¡Ved cómo brilla! ¿Qué tenéis, amigo Watson, una fuente de crímenes. Las piedras preciosas son el cebo favorito del demonio. En las joyas más antiguas y más ricas, cada faceta de su pedrería equivale á una infamia. Esta no tiene una historia muy larga. Fué encontrada hace veinte años en el río Amoy, al Sur de China, y tiene la particularidad de que, poseyendo todos los caracteres del carbunco, es azul y no roja

como las demás de su especie. Pero á pesar de su corta vida, ya han sido causa sus cuarenta quilates de carbón cristalizado, de dos asesinatos, un suicidio y muchos robos. ¿Verdad que resulta extraño y doloroso que una cosa tan linda empuje los hombres hacia las cárceles y los cementerios? Pero dejémonos de divagaciones. Voy á guardarla cuidadosamente y á escribir á la condesa que el carbunco está en mi poder, para que se tranquilice.

—¿Creéis en la inocencia de Horner?

—No sé...

—¿Entonces os parece que Enrique Baker está complicado en este asunto?

—No. Lo creo completamente ajeno á él. Tengo la seguridad de que no sabía el inmenso valor del pato que llevaba sobre la espalda. Ya veréis como, si responde al anuncio, nos convenceremos de su inocencia, sometiéndole á una prueba sencillísima.

—¿Y entre tanto no podéis hacer nada?

—Nada.

—En ese caso voy á continuar mis visitas profesionales y volveré á las seis y media, pues confieso que estoy profundamente intrigado por ver cómo termina esto.

—Tendré mucho gusto en volveros á ver, querido. Ya sabéis que como á las siete y hasta creo que tengo faisán. A propósito, Watson, ¿no os parece que, en vista de los acontecimientos, debía aconsejar á la señora Hudson que examinara bien el buche del faisán?

Me entretuve algo con un enfermo, y ya eran algo más de las seis y media cuando volvía á Baker Street. Al dar la vuelta á la esquina ví parado en la puerta de casa de Holmes á un hombre bastante alto, con una gorra escocesa y un gabán abotonado hasta el cuello. Al llegar yo se abrió la puerta y entramos juntos en el cuarto de Sherlock, quien se levantó de la mesa para recibirnos.

—Indudablemente sois Enrique Baker—dijo con aquella naturalidad tan característica en él.—Tomad asiento, os lo ruego; aquí, cerca de la chimenea, pues hace mucho frío, y me parece que no venís muy abrigado. ¡Hola, Watson! ¿Es este vuestro sombrero, Sr. Baker?

—Sí, señor; este es mi sombrero.

Nuestro interlocutor era un hombre vigoroso, cuadrado de hombros y de cabeza grande. El rostro ancho é inteligente, se adelgazaba hacia el mentón y moría en una barba puntiaguda de color castaño, plateado por algunas canas. La rojez de la nariz y de las mejillas y el ligero temblor de las manos demostraban que Holmes había acertado por lo menos en lo referente á sus costumbres. El abrigo de un negro, verdoso por el tiempo, estaba abotonado hasta el cuello, según dije antes, y sobre los blancos puños de nuestro héroe no había la menor blancura de camisa, ni aun señales de americana. Hablaba lenta y trabajosamente, pero reconocía en la elección de palabras que no era una persona vulgar y que debía de haber estado en mejor posición que la actual

—Hemos guardado estos objetos algunos días—dijo Holmes—porque esperábamos ver en los periódicos algún anuncio que nos indicara vuestras señas. ¿Cómo no empleásteis ese medio?

El Sr. Baker sonrió algo avergonzado.

—Como no ando muy sobrado de dinero y estaba casi seguro de que el grupo de polizontes que asaltó se lo habían apoderado, no quise arriesgar, tal vez infructuosamente, cantidad alguna.

—Tenéis razón. En cuanto al volátil me veo obligado á confesaros que nos lo hemos comido.

—¡Oe lo habéis comido!

Y nuestro visitante se levantó azorado y convulso.

—Sí; porque de no hacerlo no hubiera servido para nadie. Pero en cambio, ved ahí sobre el aparador otro tan bueno como aquél y que me parece pueda reemplazarlo perfectamente.

—Ya lo creo... sí, ¡muy bien!—contestó el señor Baker lanzando un suspiro de alivio y sentándose ya más tranquilo.

—Sin embargo, hemos conservado las plumas, las patas, etc., del vuestro por si las queráis...

Nuestro visitante lanzó una carcajada franca y sonora.

—Tendría gracia conservar esos despojos como recuerdo de la aventura; pero bien mirado, no veo la utilidad de esos *dissecta membra*. No, con vuestro permiso, prefiero esa hermosa pieza que tenéis en el aparador

Holmes me miró guiñando rápidamente el ojo izquierdo.

—Entonces, aquí tenéis el sombrero y el pato. Pero antes de marcharos os agradecería que me dijérais dónde habéis adquirido el otro; porque á mí me gusta mucho esta clase de comida, y confieso que aquél era de los más hermosos que he visto.

—Con mucho gusto, señor—dijo Baker, que se había levantado y puesto el volátil bajo el brazo. Varios amigos y yo somos asiduos concurrentes de la taberna del Alfa, situada cerca del Museo. Este año, Windigate—que es el tabernero—instituyó una sociedad, cuyo objeto era proporcionar á cada uno de los socios un pato el día 25 de Diciembre. Yo formé parte de la sociedad y, por lo tanto, tuve derecho al volátil; lo demás ya lo sabéis. Ahora sólo me resta haceros presente mi más sincero agradecimiento por haberme devuelto el sombrero, pues ya comprenderéis que esta gorrita escocesa no es propia de mi edad ni de mi posición.

Y con un saludo, ostentosamente ceremonioso, se despidió de nosotros y salió del cuarto.

—Ya véis—dijo Holmes, cuando sonó la puerta al cerrarse detrás de Enrique Baker—que este buen hombre no ha intervenido para nada en el robo. ¿Tenéis ganas de comer, Watson?

—Ninguna absolutamente.

—Entonces vamos á substituir la comida por una cena y á seguir en caliente la pista que ha empezado tan bien. ¿Qué os parece?

—Muy bien.

Nos abrochamos bien los gabanes, nos arrollamos al cuello las amplias bufandas y salimos á la calle.

Hacia frío. Las estrellas parpadeaban en cielo azul y limpio de nubes. El aliento de las personas y de los animales ascendían como blanquecinas y débiles humaredas. Nuestras pisadas sonaron secas y enérgicas sobre las aceras heladas de Wimpole-Street, de Harley-Street, de Wigmore-Street y, finalmente, de Oxford-Street. En un cuarto de hora llegamos á la taberna del Alfa. Holmes empujó la puerta del reservado, y dirigiéndose á un individuo de delantal blanco y faz rubicunda, el tabernero, sin duda, le dijo que nos sirvieran dos *bocks*.

—Si vuestra cerveza es tan buena como vuestros patos, debe ser excelente—añadió.

—¿Mis patos?

—Sí; precisamente he estado hablando hace una media hora con el Sr. Baker, quien forma parte, según creo, de la sociedad de patos de Navidad, ¿no es eso?

—¡Ah, sí! Pero los patos no son míos.

—¿No? Entonces, ¿de dónde proceden?

—Los he comprado en una tienda de Covent-Garden.

—Hombre, yo conozco á algunos de ese barrio, ¿cómo se llama?

—Breckiuridge.

—¡Ah!... A ese no le conozco. A vuestra salud... y que prosperéis mucho.